SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO – CICLO B

Is 40, 1-5. 9-11; 2 Pe 3, 8-14; Mc 1, 1-8

«Preparen el camino del Señor: despejen el sendero, abran el corazón y hagan sitio a Cristo»

INTRODUCCIÓN

Pocos días antes de una boda importante, una familia descubrió que el camino que conducía a su casa estaba bloqueado por ramas caídas y piedras. Todos estaban ocupados decorando la casa, colocando flores y preparando la comida. Pero un vecino anciano les recordó: «¿De qué sirve preparar la casa si los invitados no pueden llegar hasta la puerta?». La familia despejó inmediatamente el camino. Comprendieron que recibir a alguien comienza por abrirle paso.

Queridos hermanos y hermanas, el Adviento es un tiempo de acogida. Nos estamos preparando no simplemente para una celebración, sino para la venida de Jesucristo. La pregunta no es solamente si nuestras casas están preparadas para la Navidad, sino si nuestro corazón está preparado para recibir al Señor.

En la primera lectura, Isaías proclama el mensaje de consuelo de Dios y anuncia que el Señor viene como un pastor para reunir, llevar en brazos y cuidar a su pueblo.

En la segunda lectura, san Pedro nos recuerda que el Señor tiene paciencia con nosotros y nos llama a vivir santamente mientras esperamos los cielos nuevos y la tierra nueva.

En el Evangelio, Juan el Bautista llama al pueblo a la conversión y proclama: «Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos».

En conjunto, estas lecturas nos invitan a despejar el camino de nuestro corazón mediante la conversión, el perdón y la reconciliación. También nos recuerdan que preparamos el camino de Cristo no solo cambiando nosotros mismos, sino llevando consuelo, esperanza y paz a los demás. Examinemos, pues, nuestro corazón. ¿Qué montaña de orgullo hay que allanar? ¿Qué resentimiento

hay que quitar? ¿Qué relación rota necesita ser sanada? Al reconocer los obstáculos que impiden que Cristo entre más profundamente en nuestra vida, pidamos humildemente su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Juan el Bautista nos llama a la conversión y nos invita a preparar el camino del Señor. Reconozcamos las ocasiones en que nuestro orgullo, egoísmo y falta de perdón nos han impedido acoger a Cristo y compartir su amor con los demás.

— Señor Jesús, tú vienes como el Buen Pastor para consolar, reunir y cuidar a tu pueblo. Perdónanos cuando no confiamos en tu presencia amorosa. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú nos llamas a la conversión y nos ofreces la libertad de comenzar de nuevo. Perdónanos cuando nos negamos a reconocer nuestras faltas y a buscar la reconciliación. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, tú nos invitas a preparar tu camino llevando paz, perdón y esperanza a los demás. Perdónanos cuando permanecemos indiferentes ante el sufrimiento y las necesidades de nuestros prójimos. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, quite los obstáculos que nos impiden recibir a su Hijo, renueve nuestro corazón mediante la conversión y la reconciliación, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, enviaste a Juan el Bautista para preparar el camino de tu Hijo y anunciaste por medio de Isaías tu promesa de consuelo y salvación. Abre nuestro corazón para recibir a Cristo; allana las montañas de nuestro orgullo, llena los valles de nuestro desaliento y endereza los caminos torcidos de nuestra vida. Concédenos la gracia de convertirnos sinceramente, perdonar generosamente y ser instrumentos de tu paz y de tu esperanza.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre se quejaba una vez a un amigo de que su casa siempre estaba desordenada. Su amigo le preguntó: «¿Cuándo piensas limpiarla?». El hombre respondió: «Cuando tenga más tiempo». Su amigo sonrió y le dijo: «Una casa no se limpia esperando. Alguien tiene que empezar».

Esta sencilla observación resume el mensaje del Adviento. Podemos pasar estas semanas preparando adornos, comprando regalos, organizando comidas y planeando celebraciones. Pero Juan el Bautista nos pide que preparemos algo mucho más importante: «Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos». La pregunta no es simplemente si nuestras casas están listas para la Navidad, sino si nuestro corazón está preparado para recibir a Cristo.

Adviento significa venida. Recordamos a Cristo, que vino a nosotros en Belén; lo acogemos cuando viene a nosotros hoy en su Palabra, en la Eucaristía y en las personas que encontramos; y esperamos su venida gloriosa. Por eso, el Adviento no es solamente una cuenta regresiva para la Navidad. Es un tiempo de espera, conversión y esperanza.

1. DIOS VIENE A CONSOLARNOS Y A REUNIRNOS

La primera lectura comienza con este tierno mandato de Dios: «Consuelen, consuelen a mi pueblo». El pueblo de Israel había experimentado sufrimiento, destierro e incertidumbre. Necesitaba la seguridad de que Dios no lo había abandonado. Isaías proclama: «¡Aquí está su Dios!». Después describe al Señor como un pastor que apacienta su rebaño, reúne a los corderos en sus brazos, los lleva junto a su corazón y los conduce con ternura.

Este es el Dios cuyo camino estamos preparando. No viene para atemorizarnos ni para aplastarnos con nuestras faltas. Viene para reunirnos, llevarnos en brazos, alimentarnos, consolarnos y guiarnos. Algunos de nosotros

quizá llevamos cargas que los demás no pueden ver: enfermedades, duelo, dificultades familiares, relaciones rotas, culpa por el pasado o ansiedad ante el futuro. El mensaje de Isaías es claro: Dios lo sabe; Dios viene; Dios cuida de nosotros.

Un niño que se había separado de su madre en un mercado lleno de gente fue encontrado llorando por un tendero. El niño no podía explicar dónde vivía, pero no dejaba de repetir: «Mi mamá me está buscando». El tendero se quedó con él hasta que madre e hijo se reunieron de nuevo. La esperanza del niño se apoyaba en la certeza de que su madre lo estaba buscando. De una manera infinitamente mayor, nuestra esperanza se apoya en Dios, que viene a buscarnos y nos reúne bajo su cuidado amoroso.

Podemos hacer nuestra la oración «Ven, Señor Jesús» durante este Adviento. Podemos decirla al despertarnos, cuando estamos preocupados, cuando nos sentimos solos y antes de dormir. Pedimos a Jesús que entre más profundamente en aquellos lugares de nuestra vida que hemos mantenido cerrados.

2. EL CAMINO QUE HAY QUE PREPARAR ES EL DEL CORAZÓN

Isaías describe cómo se rellenan los valles, se rebajan las montañas, se enderezan los caminos sinuosos y se allanan los senderos ásperos. Juan el Bautista retoma esta profecía. No nos está pidiendo que construyamos un camino a través del desierto. Nos invita a examinar el paisaje de nuestro corazón.

Hay montañas que deben rebajarse: el orgullo que dice «nunca me equivoco»; el resentimiento que dice «nunca perdonaré»; y el egoísmo que se niega a hacer sitio a otra persona. Hay valles que deben rellenarse: el desaliento que susurra «ya no hay esperanza para mí»; el miedo que dice «no puedo afrontar el mañana»; y la soledad en la que una persona se siente olvidada. También hay caminos torcidos: medias verdades, excusas, hábitos ocultos,

promesas incumplidas y relaciones que necesitan atención.

Una familia se preparó una vez para emprender un viaje. El coche estaba listo y las maletas estaban hechas, pero un árbol caído bloqueaba el camino. No podían avanzar hasta retirar el obstáculo. Del mismo modo, podemos tener buenas intenciones, pero un resentimiento no resuelto o un hábito pecaminoso persistente pueden impedirnos acercarnos más a Dios.

El Adviento nos pide que identifiquemos el obstáculo en vez de quejarnos del camino. Tal vez tengamos que dejar de culpar a otra persona y aceptar nuestra responsabilidad. Quizá necesitemos decir la verdad, cumplir una promesa, abandonar un hábito perjudicial o dedicar tiempo a la oración. No tenemos que despejar todo el camino de una sola vez. Podemos comenzar quitando un obstáculo.

3. LA CONVERSIÓN ES EL CAMINO HACIA UN NUEVO COMIENZO

El Evangelio nos dice que Juan apareció en el desierto proclamando «un bautismo de conversión para el perdón de los pecados». Quizá la conversión no sea la primera palabra que asociamos con la Navidad. Pensamos en luces, villancicos, reuniones familiares, comidas y regalos. Pero Juan nos recuerda que la preparación más profunda no consiste en adornos externos, sino en la conversión del corazón.

Convertirse no significa declarar: «Soy una persona terrible y no hay esperanza para mí». Significa ser lo bastante sinceros para decir: «No siempre he vivido como Dios me llama a vivir, pero con su gracia puedo cambiar. Puedo volver. Puedo comenzar de nuevo». Significa cambiar de rumbo y permitir que la misericordia de Dios transforme nuestra vida.

Todos sabemos lo que significa decir algo de lo que después nos arrepentimos, herir a alguien, descuidar la

oración, dejar que la ira nos domine o negarnos a perdonar. Pero nuestro peor momento no tiene por qué convertirse en nuestra identidad.

Un sacerdote contó una vez la historia de un hombre que volvió a confesarse después de muchos años. Al terminar, el hombre comenzó a llorar. Dijo: «Por primera vez en muchos años he dicho la verdad sobre mí mismo. Siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima». Esa es la libertad que puede traer la conversión. El sacramento de la Reconciliación no está destinado a humillarnos; es un encuentro con la misericordia de Dios, que nos acoge y nos concede la gracia de comenzar de nuevo.

San Pedro, en la segunda lectura, nos recuerda que el Señor tiene paciencia. Su paciencia nos da una oportunidad para la conversión, la santidad y un nuevo comienzo. Nos pregunta qué clase de personas debemos ser mientras esperamos al Señor: personas cuya vida esté marcada por la santidad y la entrega a Dios.

Por eso, quizá este Adviento sea el momento adecuado para volver a la confesión, pedir perdón a alguien a quien hemos herido o perdonar a alguien que nos ha hecho daño. Convertirse no consiste solamente en sentir tristeza; significa dar un paso en una dirección nueva.

4. DIOS HABITA ALLÍ DONDE LE ABRIMOS LA PUERTA

Hay una antigua historia sobre un rabino al que le preguntaron: «¿Dónde vive Dios?». Los sabios respondieron: «¡Dios llena todo el universo!». El rabino contestó: «Dios vive allí donde le dejamos entrar».

Dios está presente en todas partes, pero podemos cerrarle algunas partes de nuestra vida. Podemos tener una casa bellamente decorada para la Navidad mientras el sótano de nuestro corazón sigue lleno de resentimiento, celos, amargura o hábitos que no queremos afrontar.

Quizá el Adviento nos esté diciendo: no se limiten a decorar la casa; limpien el corazón. Tal vez alguien no necesite otra celebración navideña, sino reconciliación; no

otro regalo, sino perdón; no más ruido, sino diez minutos de silencio ante Dios. Quizá necesitemos decir: «Lo siento», «Te perdono» o «Volvamos a empezar».

Una disculpa sincera puede abrir un camino. Un acto de perdón puede comenzar a sanar una familia. Una decisión de volver a la oración puede hacerle sitio a Dios. No tenemos que quitar hoy todas las montañas. Podemos comenzar retirando una piedra.

5. COMO JUAN, SEÑALEMOS A CRISTO

Hay algo extraordinario en Juan el Bautista. La gente acudía a escucharlo y admiraba su predicación. Algunos se preguntaban si quizá él era el Mesías. Juan podría haber disfrutado de aquella atención. Sin embargo, señala más allá de sí mismo y anuncia que viene alguien más poderoso. Su misión no consiste en reunir seguidores para sí, sino en preparar al pueblo para recibir a Jesús.

Esa es también la misión de todo cristiano. Nuestra vida debe señalar a Cristo. Cuando las personas nos encuentran, ¿descubren su paciencia, bondad, perdón, compasión y paz? ¿Hacen nuestras palabras y acciones más fácil que los demás crean que Dios es amoroso y misericordioso? ¿O nos convertimos en obstáculos por nuestras palabras duras, nuestra falta de honradez y nuestra indiferencia?

Un indicador de caminos no pide a los viajeros que lo admiren. Simplemente les señala la dirección correcta. Juan era un indicador que señalaba a Jesús. Nosotros estamos llamados a hacer lo mismo: no «mírenme a mí», sino «miren a Cristo».

6. PREPAREMOS EL CAMINO DE CRISTO PARA OTRA PERSONA

¿Cómo podemos hacerlo concretamente? Tal vez no podamos cambiar el mundo entero, pero sí podemos cambiar el día de alguien. Podemos llamar por teléfono a una persona solitaria, visitar a alguien enfermo, ofrecer palabras de aliento, pedir disculpas, perdonar, hacer un sitio en nuestra mesa para alguien que está solo o tener paciencia con una persona difícil.

Una mujer se dio cuenta de que un vecino anciano casi nunca salía de su casa. Comenzó saludándolo; después le llevó una comida y, finalmente, lo invitó a pasar la Navidad con su familia. No resolvió todos los problemas de su vida, pero se aseguró de que no fuera olvidado. Ese pequeño gesto se convirtió en un camino para que Cristo llegara a otra persona.

No podemos quitar todas las montañas del mundo, pero quizá podamos quitar una montaña que se levanta entre dos personas. No podemos detener todas las guerras, pero podemos llevar la paz a nuestra familia. No podemos acabar con la soledad de todos, pero podemos procurar que una persona no esté sola. Dios viene a nosotros y, con frecuencia, llega a los demás por medio de nosotros.

7. EL ADVIENTO ES UN TIEMPO DE ESPERANZA

San Pedro habla de los cielos nuevos y de la tierra nueva, donde habitará la justicia. La esperanza cristiana no consiste en creer que todo será fácil. Consiste en confiar en que Dios es fiel, en que el sufrimiento no tendrá la última palabra y en que Cristo conduce la creación hacia su plenitud.

Algunas personas llegan a este tiempo llevando cargas pesadas: duelo, enfermedad, desempleo, conflictos familiares o miedo al futuro. El Adviento no nos pide que finjamos que estas dificultades no existen. Nos invita a ponerlas en las manos del Pastor que reúne a sus corderos y los lleva junto a su corazón.

La paciencia del Señor no es indiferencia. Su venida es nuestra esperanza; su misericordia hace posible un nuevo comienzo. Su presencia nos da fuerzas para dar el siguiente paso, incluso cuando no podemos ver todo el camino.

CONCLUSIÓN

Preguntémonos: ¿Qué montaña de orgullo necesita ser rebajada? ¿Qué valle de desaliento necesita llenarse de esperanza? ¿Qué camino torcido necesita enderezarse? ¿A quién debo perdonar? ¿A quién debo pedir perdón? ¿Cuál es la única piedra que puedo quitar hoy?

Un niño pequeño oyó que el rey iba a pasar por su pueblo. Todos salieron para verlo, pero el niño se quedó en casa. Su padre le preguntó: «¿Por qué no vas a ver al rey?». El niño respondió: «No quiero solamente ver al rey. Quiero que el rey venga a nuestra casa». Su padre sonrió y dijo: «Entonces tienes que preparar el camino».

El niño salió. Quitó una piedra grande del camino, ayudó a un anciano que llevaba una carga pesada, consoló a una mujer que estaba sentada sola y ayudó a dos vecinos que estaban peleados a hacer las paces. Cuando llegó el rey, preguntó quién había preparado su camino. Los habitantes señalaron al niño. El rey dijo: «Has preparado mi camino porque has despejado el camino hacia el corazón de mi pueblo».

Queridos hermanos y hermanas, eso es el Adviento. No estamos simplemente esperando a Cristo; estamos preparando su camino. Quizá no podamos quitar todos los obstáculos, pero sí podemos retirar una piedra. Quizá no podamos sanar todas las relaciones rotas, pero podemos dar un paso hacia la reconciliación. Quizá no podamos consolar a todos, pero podemos consolar a una persona.

Escuchemos de nuevo a Juan el Bautista: «Preparen el camino del Señor, allanen sus senderos». Despejen el camino. Abran el corazón. Quiten las piedras. Hagan las paces. Perdonen. Comiencen de nuevo.

Y que esta sea nuestra oración durante todo el Adviento: «Ven, Señor Jesús, y muéstrame hoy la piedra que debo quitar de tu camino. He preparado un lugar para ti. Entra y permanece conmigo». Amén.

PROFESIÓN DE FE PARA LA MEDITACIÓN PERSONAL

Creo que Dios viene a mi encuentro con consuelo, misericordia y amor.

Creo que Jesucristo es el Señor cuyo camino estoy llamado a preparar.

Creo que mi corazón, como un camino, necesita ser despejado del orgullo, el resentimiento, el miedo, el egoísmo y el pecado.

Creo que la conversión no es un castigo, sino una invitación a la libertad, al perdón y a un nuevo comienzo.

Creo que la paciencia de Dios me concede tiempo para cambiar, crecer en santidad y llegar a ser la persona que él me llama a ser.

Creo que puedo preparar el camino de Cristo mediante la reconciliación, la bondad, la compasión, el perdón y el servicio.

Creo que estoy llamado, como Juan el Bautista, no a llamar la atención sobre mí mismo, sino a señalar a Jesús a los demás.

Señor, ayúdame hoy a quitar una piedra, sanar una relación rota, consolar a una persona que sufre y llevar tu paz a un corazón turbado.

Ven, Señor Jesús. He preparado un lugar para ti. Entra y permanece conmigo. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, nuestro Dios es el Buen Pastor que consuela a su pueblo y llama pacientemente a todos a la conversión. Confiando en su misericordia, oremos para que podamos preparar el camino del Señor en nuestro corazón y en el mundo.

Respuesta: Señor, ayúdanos a preparar tu camino.

1. Por la Iglesia: para que, como Juan el Bautista, proclame valientemente la conversión y señale a todas las personas el camino hacia Jesucristo mediante el testimonio de humildad, perdón y amor. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que eliminen los obstáculos de la injusticia, la corrupción y la división, y trabajen sinceramente por establecer la paz, la dignidad y la reconciliación entre todos los pueblos. Roguemos al Señor.

3. Por quienes llevan cargas ocultas: para que quienes sufren soledad, duelo, culpa, relaciones rotas o desaliento

escuchen el mensaje de consuelo de Dios y descubran la esperanza de un nuevo comienzo. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que durante este tiempo de Adviento quitemos las piedras del resentimiento, el orgullo y la falta de perdón, busquemos la reconciliación y preparemos el camino de Cristo mediante gestos concretos de bondad y compasión. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos experimenten el cuidado tierno de Cristo, el Buen Pastor, y nuestros hermanos y hermanas difuntos sean acogidos en la alegría eterna del Reino de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, nos llamas a preparar el camino de tu Hijo y prometes consuelo y salvación a tu pueblo. Escucha nuestras oraciones, perdona nuestras faltas y haz de nosotros mensajeros de tu paz y de tu esperanza. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, al llevar nuestros dones al altar, ofrezcamos también nuestro corazón, nuestras relaciones y nuestro compromiso de conversión. Que el Señor transforme nuestra vida en una preparación digna para su venida. Oremos, hermanos, para que este sacrificio mío y de ustedes sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta, Señor, los dones que te ofrecemos con fe. Mientras nos preparamos para recibir a tu Hijo, purifica nuestro corazón del pecado y renueva en nosotros el espíritu de conversión, reconciliación y amor. Que esta ofrenda sagrada fortalezca nuestro compromiso de preparar su camino mediante una vida santa y un servicio generoso. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque prometiste consuelo y salvación a tu pueblo por medio de los profetas y enviaste a Juan el Bautista para preparar el camino de tu Hijo. Él llamó a todos a la conversión y señaló a Cristo, el Cordero de Dios, que viene para perdonar, sanar y salvar.

En tu misericordia, nos invitas pacientemente a apartarnos del pecado, enderezar los caminos de nuestra vida y recibir a tu Hijo con un corazón renovado en la santidad. Por medio de él nos llenas de esperanza y nos conduces hacia los cielos nuevos y la tierra nueva, donde habita la justicia.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Jesús nos enseña a apartarnos del pecado y a buscar el perdón del Padre, para que nuestro corazón esté preparado para recibirlo. Con un corazón humilde y arrepentido, oremos a nuestro Padre celestial:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos generosamente la paz en nuestros días. Quita de nuestro corazón las montañas del orgullo, los valles del desaliento y los caminos torcidos del resentimiento y del pecado. Danos la gracia de convertirnos, perdonar y reconciliarnos, y haz de nosotros instrumentos de tu consuelo y de tu paz, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres el Buen Pastor que viene a reunir, consolar y guiar a tu pueblo. Por medio de Juan el Bautista nos llamas a la conversión y nos invitas a preparar el camino de tu venida. No tengas en cuenta

nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele generosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón todo obstáculo de orgullo, resentimiento y división, y enséñanos a perdonarnos sinceramente unos a otros. Que nuestras familias y comunidades sean lugares de reconciliación, compasión y esperanza, donde tu paz pueda echar raíces y crecer. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, el Buen Pastor que viene a consolar a su pueblo y a conducirlo a la vida eterna. Él es aquel anunciado por Juan el Bautista, cuyo camino estamos llamados a preparar mediante la conversión, el perdón y el amor. Recibámoslo con un corazón dispuesto por su gracia. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has venido a mi corazón.

Quita las piedras del orgullo y del resentimiento que me impiden recibir tu amor.

Llena de esperanza los valles de mi desaliento.

Endereza los caminos torcidos de mi vida con tu misericordia.

Enséñame a perdonar, a reconciliarme y a comenzar de nuevo.

Que nunca guarde tu amor solo para mí, sino que prepare tu camino hacia el corazón de los demás mediante la bondad, la compasión y la paz.

Ven, Señor Jesús, y permanece conmigo.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Que el alimento que hemos recibido, Señor, nos fortalezca en la fe y renueve nuestro corazón en tu amor. Concédenos que, purificados por tu misericordia, preparemos el camino de tu Hijo mediante una conversión sincera, un perdón generoso y un servicio lleno de amor. Que nuestra vida sea signo de tu consuelo y de tu esperanza para todas las personas que encontremos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que viene a consolar y reunir a su pueblo, llene sus corazones de su paz y los fortalezca en la esperanza.
Que quite todo obstáculo que les impida recibir a Cristo y les conceda la gracia de perdonar, reconciliarse y comenzar de nuevo.
Que preparen el camino del Señor mediante una vida de santidad, bondad y compasión.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, despejen el camino, hagan las paces y preparen el camino del Señor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Quizá hoy no puedas quitar todas las montañas, pero sí puedes retirar una piedra que impide que Cristo entre en tu corazón».

7 DE DICIEMBRE DE 2026 – LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Is 35, 1-10; Lc 5, 17-26

INTRODUCCIÓN

Un viajero se perdió una vez en un bosque muy espeso. Al caer la noche, se sintió asustado y agotado. De pronto, vio una pequeña luz que brillaba entre los árboles. Siguiéndola, descubrió una pequeña casa donde un anciano lo recibió cordialmente. El viajero le preguntó: «¿Cómo sabía usted que esta noche alguien necesitaría esa luz?». El anciano respondió: «La mantengo encendida porque quizá alguien se pierda y esté buscando esperanza».

Queridos hermanos y hermanas, el Adviento nos recuerda que Cristo es la luz que viene a nuestra oscuridad, la esperanza que levanta nuestro ánimo y el Salvador que restaura nuestra vida quebrantada.

En la primera lectura, Isaías anuncia que el desierto florecerá, que los débiles serán fortalecidos y que la

presencia salvadora de Dios transformará la tristeza en alegría.

En el Evangelio, Jesús perdona y cura a un hombre paralítico que es llevado ante su presencia gracias a la fe y a la determinación de sus amigos.

El mensaje de la liturgia de hoy es sencillo, pero profundo: Dios nunca nos abandona en nuestra impotencia. Viene para perdonarnos, sanarnos y restaurarnos. A veces necesitamos la fe de otros para que nos lleven a Jesús; otras veces, estamos llamados a llevar a los demás hacia él mediante nuestra fe, nuestro amor y nuestra compasión.

Al celebrar esta Eucaristía, reconozcamos nuestra propia parálisis espiritual, nuestras faltas de confianza en Dios y nuestra falta de disposición para ayudar a quienes dependen de nosotros. Con un corazón humilde y arrepentido, pidamos al Señor que nos perdone y nos renueve.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Cristo viene a perdonar nuestros pecados, sanar nuestros corazones heridos y renovar nuestra esperanza. Reconozcamos nuestras faltas y pidamos su misericordia.

— Señor Jesús, tú vienes a fortalecer a los débiles y a dar esperanza a quienes están desanimados. Señor, ten piedad.

— Cristo Jesús, tú perdonas nuestros pecados y restableces nuestra relación rota con Dios. Cristo, ten piedad.

— Señor Jesús, tú nos llamas a llevarnos unos a otros hacia ti mediante la fe, el amor y la compasión. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, fortalezca nuestra fe, sane nuestros corazones heridos y nos ayude a llevarnos unos a otros hacia Cristo, para que, renovados por su

misericordia, caminemos en la esperanza y en la santidad. Y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, tú nunca abandonas a los débiles y desamparados, sino que vienes a sanarlos, perdonarlos y restaurarlos. Fortalece nuestra fe cuando estamos desanimados, inspíranos a llevarnos unos a otros con amor y compasión, y haz que nuestro corazón dé frutos de esperanza ante tu venida. Que nos levantemos de nuestra parálisis espiritual y caminemos con alegría en la libertad de tu gracia.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una joven madre llevó una vez a su hijo enfermo en brazos durante toda la noche para llegar a un hospital situado a varios kilómetros de distancia. Cuando alguien le preguntó cómo había podido realizar un viaje tan difícil, respondió: «Cuando llevas en brazos a alguien a quien amas, descubres una fuerza que no sabías que tenías».

Esto es precisamente lo que encontramos en el Evangelio de hoy.

Cuatro hombres llevan a su amigo paralítico ante Jesús. Al encontrar la entrada bloqueada por la multitud, se niegan a darse por vencidos. Suben al tejado, quitan las tejas y lo bajan delante de Jesús. ¡Qué expresión tan extraordinaria de amistad y de fe!

El Evangelio nos cuenta algo admirable: «Al ver la fe de ellos, Jesús dijo: “Amigo, tus pecados te son perdonados”».

Fijémonos en que Jesús reconoce la fe de los amigos. El paralítico es llevado no solo por la fuerza física de ellos, sino también por su fe. A veces, cuando nuestra propia fe se debilita, necesitamos que otros nos lleven hacia Dios.

Un abuelo le dijo una vez a su nieto: «Cuando no puedas rezar, recuerda que quizá alguien que te quiere está

rezando por ti». ¡Qué hermosa expresión de la comunión en la fe!

Pero Jesús ve algo más profundo que la parálisis física. Reconoce la herida espiritual de aquel hombre. Antes de sanar su cuerpo, sana su alma: «Tus pecados te son perdonados».

Los escribas y los fariseos cuestionan su autoridad. Pero Jesús demuestra que tiene poder para perdonar los pecados y devolver la vida. Le ordena al hombre: «Levántate, toma tu camilla y vuelve a tu casa».

El hombre se levanta inmediatamente. La misma camilla que antes lo llevaba ahora es algo que él mismo lleva. ¡Qué símbolo tan poderoso de transformación! Lo que antes representaba su impotencia se convierte ahora en un testimonio del poder sanador de Dios.

Isaías nos ofrece el mismo mensaje de esperanza: el desierto florecerá, se fortalecerán las manos débiles y se animarán los corazones temerosos. Nada está fuera del alcance del poder renovador de Dios.

En un pequeño pueblo, una comunidad reunió dinero para ayudar a una familia necesitada a reconstruir su casa dañada. Una persona aportó ladrillos, otra contribuyó con cemento y otras ofrecieron su trabajo. Juntos restauraron lo que aquella familia nunca habría podido conseguir por sí sola. Así es la fe que actúa por medio del amor.

Queridos amigos, durante este Adviento preguntémonos: ¿Estamos paralizados por el miedo, el resentimiento, la culpa o el desaliento? ¿Ayudamos a los demás a encontrarse con Jesús o, a veces, nos convertimos en obstáculos en su camino?

Recordemos que hay momentos en que necesitamos que otros nos lleven y momentos en que nosotros debemos llevar a los demás.

Un hombre vio una vez a una niña pequeña que luchaba por subir una cuesta empinada llevando a su hermanito a la espalda. Se ofreció a llevar al niño por ella. La niña sonrió y respondió: «¡No es una carga; es mi hermano!».

Que nunca consideremos una carga a quienes necesitan nuestra ayuda. Llevémonos unos a otros mediante la fe, el amor y la oración.

¡Porque cuando la fe nos lleva a Jesús, su misericordia nos permite levantarnos y caminar de nuevo!

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, animados por la promesa de Dios de hacer florecer el desierto e inspirados por la fe de quienes llevaron al paralítico ante Jesús, presentemos nuestras oraciones y las necesidades del mundo a nuestro Padre misericordioso.

1. Por la Iglesia: para que sea siempre una comunidad de fe, compasión y sanación, que lleve a quienes son espiritualmente débiles y los conduzca hacia la misericordia de Cristo. Roguemos al Señor. Todos: Señor, escucha nuestra oración.

2. Por los gobernantes del mundo y quienes ejercen la autoridad: para que reconozcan el sufrimiento de los pobres, los marginados y los desamparados, y trabajen con valentía para devolver la dignidad, la justicia y la esperanza a todos los seres humanos. Roguemos al Señor.

3. Por quienes están agobiados por el pecado, el miedo y el desaliento: para que encuentren la presencia perdonadora y sanadora de Jesús, experimenten la libertad de su misericordia y descubran el valor para levantarse de nuevo. Roguemos al Señor.

4. Por las familias y nuestras comunidades cristianas: para que nos fortalezcamos unos a otros mediante la oración, la amistad y el amor concreto, y nunca permitamos que las dificultades o los obstáculos nos impidan acercar a los demás a Cristo. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los fieles difuntos: para que los enfermos, especialmente quienes sufren dolor físico, angustia emocional y heridas espirituales, experimenten el toque sanador de Cristo; y para que nuestros hermanos y hermanas difuntos sean acogidos en la alegría eterna del Reino celestial de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú eres la fuente del perdón, de la sanación y de la esperanza. Escucha las oraciones de tu pueblo, fortalece nuestra fe y haz de nosotros instrumentos de tu amor compasivo. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas, así como los amigos del paralítico lo llevaron a la presencia de Jesús, llevemos ahora al altar nuestra vida, nuestras luchas y nuestras esperanzas. Oremos para que estos dones, ofrecidos con fe y amor, sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe estos dones que te ofrecemos con un corazón humilde. Así como restauraste al paralítico mediante tu misericordia sanadora, transforma nuestra vida por medio de este sacrificio eucarístico. Que el pan y el vino que ofrecemos se conviertan para nosotros en fuente de perdón, fortaleza y esperanza renovada. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque, en tu infinita misericordia, nunca abandonas a quienes son débiles, están heridos o se sienten desanimados. Por medio de tus profetas prometiste que el desierto florecería, que los débiles serían fortalecidos y que los temerosos encontrarían valor.

En Jesús, tu Hijo, nos has revelado tu compasión sanadora. Él perdona nuestros pecados, restaura nuestra vida quebrantada y nos llama a llevarnos unos a otros mediante la fe y el amor.

Por medio de él, los desamparados encuentran fuerza, los agobiados descubren esperanza y los caídos son levantados a una vida nueva.

Por eso, con los ángeles y todos los santos, proclamamos tu gloria y a una sola voz te aclamamos:

INVITACIÓN AL PADRE NUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos ha enseñado a confiar en el Padre que nos perdona, nos sana y nos restaura. Como una sola familia de fe, llevándonos unos a otros en la oración, digamos con confianza:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos generosamente la paz en nuestros días. Con la ayuda de tu misericordia, líbranos de la parálisis del pecado, del miedo y del desaliento. Fortalece nuestra fe cuando somos débiles, danos un corazón generoso para llevarnos unos a otros con amor y compasión, y ayúdanos a acercarte a quienes sufren. Que tu presencia sanadora restaure nuestra vida quebrantada y nos permita levantarnos con una esperanza renovada, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Sacerdote: Señor Jesucristo, perdonaste los pecados del paralítico y lo restauraste a una vida nueva. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele generosamente la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón todo obstáculo de resentimiento, división y egoísmo, y ayúdanos a ser instrumentos de reconciliación, sanación y esperanza para quienes nos rodean. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesús, el Médico divino, que perdona nuestros pecados, sana nuestras heridas y restaura nuestras fuerzas. Nos invita a levantarnos de nuestra parálisis espiritual y a caminar en la libertad de su gracia. Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has venido a nuestro corazón. Conoces nuestras heridas ocultas, nuestros miedos y nuestras luchas.

Cuando no podamos caminar, llévanos con tu gracia.

Cuando otros sean débiles, danos la fe y la compasión necesarias para llevarlos.

Transforma nuestras cargas en oportunidades para amar, nuestras debilidades en ocasiones para recibir la gracia y nuestra desesperación en esperanza renovada.

Que salgamos de esta Eucaristía fortalecidos para caminar contigo y acercar a los demás a tu presencia sanadora.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, nos has alimentado con el Pan de Vida. Que esta santa Comunión fortalezca nuestra fe, sane nuestros corazones heridos y renueve nuestra esperanza. Así como hemos recibido tu misericordia, ayúdanos a ser portadores de tu misericordia para los demás: llevando a los débiles, animando a los desalentados y conduciendo hacia Cristo a todas las personas que encontremos. Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Dios que hace florecer el desierto llene sus corazones de esperanza y los fortalezca en los momentos de debilidad. Todos: Amén.

Que Cristo, que perdona y sana, los libre de toda carga de pecado y los restaure a una vida nueva. Todos: Amén.

Que el Espíritu Santo los convierta en personas de fe y compasión, siempre dispuestas a llevarse unos a otros hacia el Señor. Todos: Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Todos: Amén.

DESPEDIDA

Vayan, fortalecidos por la fe, renovados por la misericordia y dispuestos a llevar a los demás hacia Cristo.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Cuando la fe nos lleva a Jesús, su misericordia nos permite levantarnos; cuando el amor lleva a los demás hacia él, nos convertimos en instrumentos de su sanación».

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Gen 3, 9-15.20; Ef 1, 3-6.11-12; Lc 1, 26-38

«Llena de gracia: como María, abramos nuestro corazón a la voluntad de Dios y permitamos que la luz de Cristo brille a través de nosotros.»

INTRODUCCIÓN

Un jardinero plantó una vez un rosal joven en un rincón descuidado de su jardín. La tierra estaba dura, las malas hierbas lo rodeaban y apenas llegaba la luz del sol. Con mucho cuidado, quitó las malas hierbas, removió la tierra y abrió aquel espacio a la luz de la mañana. Meses después, el rosal floreció hermosamente. Un visitante le preguntó: «¿Cómo consiguió crear una flor tan hermosa?». El jardinero respondió: «Yo no creé su belleza. Simplemente quité lo que impedía que creciera».

Queridos hermanos y hermanas, hoy celebramos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María. Desde el primer instante de su concepción, María fue preservada del pecado original por la gracia de Dios, en previsión de los méritos de Jesucristo. Dios la preparó para que llegara a ser la Madre de su Hijo. Su vida nos muestra lo que sucede cuando un corazón humano está completamente abierto a la gracia de Dios.

En la primera lectura, Adán y Eva desobedecen a Dios y se esconden por miedo, mientras Dios promete que el mal no tendrá la última palabra.

En la segunda lectura, san Pablo nos recuerda que Dios nos eligió en Cristo para que fuéramos santos e irreprochables ante Él, y nos destinó a ser sus hijos adoptivos.

En el Evangelio, María recibe con humildad y fe el mensaje del ángel y responde: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Estas lecturas nos invitan a reconocer el poder de la gracia de Dios y la importancia de nuestra respuesta. María no guardó para sí el don de Dios; acogió su voluntad y llevó a Cristo al mundo. Mientras continuamos

nuestro camino de Adviento, también nosotros estamos llamados a abrir nuestro corazón, salir de nuestros escondites, renovar nuestra confianza en Dios y permitir que Cristo tome forma en nosotros.

Examinemos nuestra vida. ¿En qué aspectos hemos cerrado nuestro corazón a Dios? ¿Dónde hemos permitido que el pecado, el orgullo, el miedo o el egoísmo bloqueen su luz? Con María como ejemplo y la misericordia de Dios como esperanza, reconozcamos humildemente nuestros fallos y pidamos su perdón.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, María nos enseña a acoger la gracia de Dios con un corazón humilde y confiado. Reconozcamos las veces en que nos hemos escondido de Dios, nos hemos resistido a su voluntad y no hemos permitido que su luz brille a través de nosotros.

• Señor Jesús, viniste al mundo por medio de la humilde obediencia de María. Perdónanos cuando el orgullo y el egoísmo nos impiden decir sí a la voluntad de Dios. Señor, ten piedad.

• Cristo Jesús, tú eres la luz que vence las tinieblas del pecado. Perdónanos cuando escondemos nuestros errores en vez de buscar tu misericordia. Cristo, ten piedad.

• Señor Jesús, nos llamas a ser santos y a reflejar tu amor a los demás. Perdónanos cuando nuestras palabras y acciones no manifiestan tu bondad. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, nos saque de las tinieblas del pecado y del miedo, renueve nuestro corazón con su gracia y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, que por la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María preparaste una digna morada para tu Hijo, concédenos, por su intercesión, la gracia de acoger tu voluntad con un corazón humilde y confiado. Líbranos de todo lo que nos aleja de ti, fortalece nuestra

respuesta a tu gracia y ayúdanos, como María, a ser instrumentos por medio de los cuales la luz y el amor de Cristo brillen en el mundo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA: «HE AQUÍ LA ESCLAVA DEL SEÑOR»

Una maestra preguntó un día a sus alumnos: «¿Quiénes son los santos?». Una niña miró hacia las vidrieras de la iglesia y respondió: «Los santos son personas que dejan pasar la luz».

¡Qué hermosa definición! Un santo es alguien a través de quien puede brillar la luz de Dios. Y si esto es verdad de los santos, lo es de manera eminente de María, la Inmaculada Concepción.

Hoy celebramos el misterio por el cual María, desde el primer instante de su concepción, fue preservada del pecado original por la gracia de Dios. Esto no sucedió porque ella se lo hubiera ganado ni porque fuera divina. Fue un don extraordinario de Dios, concedido en previsión de la obra salvadora de Jesucristo. Por su gracia, María fue preparada plenamente para convertirse en la Madre del Salvador.

María no estaba llena de sí misma. Estaba llena de Dios. Y eso es lo que hace que esta fiesta sea tan hermosa y tan significativa para nosotros.

1. «¡Alégrate, llena de gracia!»

Cuando el ángel Gabriel se presenta ante María, la saluda con unas palabras extraordinarias: «¡Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo!».

María ha sido favorecida de manera única por Dios. Ha sido elegida para una misión que supera todo lo que podía imaginar: convertirse en la Madre del Hijo de Dios. Sin embargo, observemos su reacción. El Evangelio nos dice que se turbó profundamente ante el saludo del ángel. Tiene preguntas: «¿Cómo puede ser eso?».

María no lo comprende todo. No sabe adónde la llevará este camino. No puede prever Belén, la huida a Egipto, la

pérdida de Jesús en el Templo ni el sufrimiento que experimentará al pie de la Cruz.

Pero finalmente responde: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Aquí está la grandeza de María. Su santidad no consiste solamente en haber recibido una gracia extraordinaria, sino también en haber respondido a esa gracia con un «sí» extraordinario. Ella da a Dios su consentimiento total.

Su respuesta anticipa la oración que un día hará su Hijo en Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». María lo dice primero: «Hágase en mí según tu palabra».

2. María y Adán: dos respuestas muy diferentes

La primera lectura de hoy nos lleva de nuevo al jardín del Edén. Después de que Adán y Eva desobedecen a Dios, oyen el ruido del Señor que pasea por el jardín y se esconden. Dios hace una pregunta a Adán: «¿Dónde estás?».

Adán se esconde porque ha pecado. Y cuando Dios le pregunta, no asume su responsabilidad. Culpa a la mujer: «La mujer que me diste». Eva, a su vez, culpa a la serpiente.

Esta es una imagen conocida de la debilidad humana. Cometemos errores, nos escondemos, tenemos miedo de afrontar la verdad y, a veces, culpamos a otros de lo que nosotros mismos hemos hecho.

¡Qué diferente es María! Adán se esconde de Dios; María se abre a Dios. Adán se resiste a la voluntad de Dios; María la acepta. La desobediencia de Adán introduce a la humanidad en las tinieblas del pecado, mientras que la obediencia de María abre el camino para que Cristo, Luz del mundo, entre en la historia humana.

Por supuesto, María no es la Salvador. Solo Jesucristo nos salva. Pero, por la gracia de Dios, María se convierte en la Madre por medio de la cual el Salvador entra en el mundo.

Aquí hay un mensaje importante para nosotros. La mayoría de nosotros nos encontramos en algún punto

entre Adán y María. Sabemos lo que significa fallar, escondernos de Dios y evitar nuestra responsabilidad. Pero el hermoso mensaje del Génesis es que, incluso cuando Adán está escondido, Dios sale a buscarlo.

La pregunta de Dios, «¿Dónde estás?», no es simplemente una acusación. También es una invitación a regresar. Dios sigue preguntando a cada corazón humano: ¿Dónde estás en tu relación conmigo? ¿Adónde has ido? ¿Qué estás escondiendo? Sal de tu escondite. Vuelve a la luz.

3. Dios nunca deja de buscarnos

A los niños les encanta jugar al escondite. Una persona se esconde y las demás la buscan hasta encontrarla. A veces nos comportamos como si nuestra vida espiritual fuera un juego en el que podemos escondernos de Dios. Tal vez imaginamos que nuestros fallos son demasiado grandes, que nuestro pasado es demasiado vergonzoso o que nuestros pecados son demasiado graves para que Dios pueda perdonarnos.

Pero la primera lectura de hoy nos presenta la imagen contraria: nosotros somos los que nos escondemos y Dios es quien nos busca.

Jesús nos dice que vino «a buscar y a salvar lo que estaba perdido». Dios nunca deja de buscarnos. Su misericordia es más grande que nuestros fallos.

Un niño que ha roto algo en casa puede esconderse porque tiene miedo de ser castigado. Pero un padre o una madre que ama a su hijo no quiere que este permanezca asustado y escondido. Quiere que se acerque, diga la verdad y vuelva a estar en paz con la familia.

De una manera mucho más profunda, Dios quiere que salgamos de nuestro escondite. Quizá alguien lleva la culpa de algo ocurrido hace muchos años. Tal vez alguien lleva mucho tiempo alejado del sacramento de la Reconciliación. Quizá alguien piensa: «¿Cómo puede Dios seguir amándome después de lo que he hecho?».

La fiesta de hoy nos recuerda que la gracia de Dios siempre tiende su mano hacia nosotros. No se nos pide

fingir que nunca hemos pecado. Se nos invita a reconocer nuestra debilidad y permitir que la misericordia de Dios nos sane.

4. María nos muestra lo que puede hacer la gracia

María no se nos presenta como alguien menos humano que nosotros. Vivió su santidad en medio de verdaderas dificultades humanas. En la Anunciación se turbó y tuvo preguntas. Más tarde, experimentó la angustia de perder a Jesús en el Templo. Simeón le anunció que una espada atravesaría su alma. Finalmente, permaneció al pie de la Cruz y vio sufrir y morir a su Hijo.

Sin embargo, a través de todas estas experiencias, su «sí» permaneció firme.

Esto es importante. La santidad de María no la libró del sufrimiento. Le dio la gracia para permanecer fiel en medio del sufrimiento.

Tener fe no significa comprenderlo todo. A veces, tener fe significa decir: «Señor, no lo entiendo, pero confío en ti».

Un paciente preguntó un día a su médico por qué su recuperación tardaba tanto. El médico no podía prometerle una curación inmediata, pero lo animó a continuar el tratamiento y a no perder la esperanza. El paciente respondió: «No entiendo todo lo que está sucediendo, pero confiaré en el proceso». La fe de María va mucho más allá: no confía simplemente en un proceso, sino en el Dios que la llama.

Ella pregunta: «¿Cómo puede ser eso?». Pero no dice: «Por eso, me niego». Hace su pregunta y después se entrega al plan de Dios: «Hágase en mí según tu palabra».

5. «Llena de gracia» significa llena de Dios

La Inmaculada Concepción no significa que María fuera una diosa o que no necesitara un Salvador. Ella fue plenamente humana y dependió por completo de la gracia de Dios. En 1854, el papa Pío IX definió solemnemente la doctrina de la Inmaculada Concepción, afirmando que María fue preservada del pecado original desde el primer

instante de su concepción por una gracia singular de Dios, en previsión de los méritos de Jesucristo.

El privilegio de María nos conduce a Cristo. Todo en su vida es un don recibido de Dios y orientado hacia su plan de salvación.

Y observemos lo que sucede inmediatamente después de la Anunciación. María no se queda sentada diciendo: «Dios me ha elegido. ¡Qué privilegiada soy!». Se pone en camino rápidamente para visitar a Isabel. Lleva a Cristo dentro de sí y lleva a Cristo a otra persona.

Esa es la vocación cristiana. Cuanto más nos llena Cristo, más debemos convertirnos en una bendición para los demás.

Una persona que recibe una buena noticia siente naturalmente el deseo de compartirla. Alguien que ha experimentado la bondad suele estar más atento a las necesidades de los demás. De la misma manera, quien ha recibido verdaderamente la gracia de Dios debe volverse más compasivo, generoso y dispuesto a servir.

La gracia nunca está destinada a hacernos orgullosos. Nos hace estar disponibles para Dios y para nuestros hermanos.

6. Adviento: dejemos que Cristo tome forma en nosotros

Esta fiesta se celebra durante el Adviento por una hermosa razón. María nos enseña cómo prepararnos para Cristo. En la Anunciación, el ángel le dice: «El Señor está contigo». Ese mensaje es también una invitación para nosotros.

San Pablo, en la segunda lectura, nos recuerda que Dios nos eligió en Cristo para que fuéramos santos e irreprochables ante Él y nos destinó a ser sus hijos adoptivos. Esta no es solamente la vocación de María; también es la nuestra. Dios quiere que Cristo tome forma en nosotros.

Tal vez nosotros no fuimos preservados del pecado original como María, pero hemos recibido el don del Bautismo. Hemos recibido el Espíritu Santo, la Palabra de

Dios, los sacramentos y la misericordia de Cristo. La gracia de Dios sigue actuando dentro de nosotros.

Por eso, la pregunta de este Adviento no es simplemente: «¿Me he preparado para la Navidad?». La pregunta es: «¿He preparado mi corazón para Cristo?».

¿Hay algo en mí que necesita cambiar? ¿Hay alguien a quien debo perdonar? ¿Hay algún pecado del que debo apartarme? ¿Necesito renovar mi vida de oración? ¿Hay algo que Dios me está pidiendo y a lo que sigo diciendo que no?

Quizá hoy podamos aprender de María a decir: «Sí, Señor». No porque lo comprendamos todo ni porque el camino vaya a ser siempre fácil, sino porque confiamos en Aquel que nos llama.

7. Deja que la luz brille a través de ti

Volvamos a la definición de aquella niña: «Un santo es alguien que deja pasar la luz».

María fue el ejemplo perfecto. Permitió que la gracia de Dios la llenara por completo. Su vida se convirtió en una ventana por la que la luz de Cristo entró en el mundo.

Hoy ella nos invita a hacer lo mismo. Somos pecadores. Tropezamos, fallamos y, a veces, nos escondemos de Dios. Pero la gracia de Dios sigue actuando en nosotros. Todavía podemos decir: «Sí, Señor».

Una palabra amable puede dejar brillar la luz de Dios. Un corazón que perdona puede dejar brillar la luz de Dios. Visitar a una persona que está sola puede dejar brillar la luz de Dios. Una respuesta paciente, un gesto generoso de servicio y la disposición a reconciliarnos pueden revelar algo de Cristo a otra persona.

No necesitamos ser perfectos para comenzar. Necesitamos estar abiertos a la gracia y dispuestos a dejar que Dios actúe en nosotros.

Conclusión

Hay una antigua historia de un hombre que caminaba de noche por un pueblo llevando una lámpara. Alguien le

preguntó: «¿Por qué llevas una lámpara? Eres ciego. La luz no puede ayudarte a ver».

El hombre sonrió y respondió: «Llevo la lámpara no porque la necesite para ver, sino para que los demás puedan verme y no tropiecen conmigo».

Esta es una hermosa imagen de la vida cristiana. Dios nos ha dado su luz no solamente para nosotros mismos. Quiere que esa luz brille a través de nosotros para los demás.

María fue la ventana humana más grande por la que la luz de Dios entró en el mundo. Toda su vida proclamó: «He aquí la esclava del Señor». Hoy nos invita a decir lo mismo.

Cuando Dios nos llama: «Sí, Señor».

Cuando no comprendemos: «Sí, Señor».

Cuando el camino es difícil: «Sí, Señor».

Cuando tenemos miedo: «Sí, Señor».

María nos enseña que la santidad no consiste en tener todas las respuestas. Consiste en tener un corazón tan abierto que pueda decir: «Hágase en mí según tu palabra».

Que María, Madre Inmaculada, nos acompañe durante este Adviento. Que nos ayude a salir de nuestros escondites y entrar en la luz de Dios. Que nos ayude a entregar nuestra vida a la gracia de Dios. Y que Cristo, que tomó forma en ella, tome cada vez más plenamente forma en nosotros.

Entonces, como María, también nosotros podremos convertirnos en personas a través de las cuales la luz de Cristo brille en un mundo que necesita esperanza, misericordia y amor. Amén.

PROFESIÓN DE FE PARA LA MEDITACIÓN PERSONAL

Creo en Dios, cuya gracia es más grande que mi debilidad y cuya misericordia nunca deja de buscarme.

Creo que María fue preservada del pecado original desde el primer instante de su concepción por la gracia de Dios, en previsión de la obra salvadora de Jesucristo.

Creo que María es el ejemplo perfecto de un corazón abierto a Dios, un corazón que responde con humildad, confianza y obediencia.

Creo que, como Adán, a veces me escondo de Dios, pongo excusas y culpo a otros de mis fallos. Sin embargo, Dios sigue llamándome: «¿Dónde estás?».

Creo que, por medio de Jesucristo, se me ofrecen el perdón, la sanación y un nuevo comienzo.

Creo que la gracia de Dios actúa en mí por medio del Bautismo, del Espíritu Santo y de los sacramentos, y me llama a la santidad y al amor.

Creo que estoy llamado, como María, a decir: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Señor, quita todo lo que impide que tu luz brille a través de mí. Ayúdame a convertirme en una bendición para los demás mediante la bondad, el perdón, la compasión y el servicio.

María, Madre Inmaculada, enséñame a decir sí a Dios cada día. Amén.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Hermanos y hermanas, en esta solemnidad de la Inmaculada Concepción celebramos la gracia de Dios que actúa en María y la reconocemos como modelo de fe y obediencia. Inspirados por su humilde «sí», presentemos nuestras oraciones a nuestro Padre celestial.

Respuesta: Señor, llénanos de tu gracia.

1. Por la Iglesia: para que, siguiendo el ejemplo de María, permanezca fiel a la Palabra de Dios, anuncie el Evangelio con humildad y sea un testimonio luminoso de la misericordia y del amor de Cristo. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes de las naciones: para que se dejen guiar por la sabiduría, la justicia y la compasión, rechacen las ambiciones egoístas y trabajen sinceramente por la

paz, la dignidad humana y el bien común. Roguemos al Señor.

3. Por quienes llevan el peso de la culpa, del miedo o de los errores del pasado: para que escuchen la invitación amorosa de Dios a salir de su escondite, experimenten el poder sanador de su misericordia y encuentren el valor para comenzar de nuevo. Roguemos al Señor.

4. Por nuestras familias y comunidades: para que, inspirados por la humilde obediencia de María, acojamos la voluntad de Dios, nos perdonemos unos a otros, sirvamos a quienes pasan necesidad y permitamos que la luz de Cristo brille a través de nuestra vida diaria. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos reciban fortaleza, consuelo y sanación por medio de la presencia amorosa de Cristo, y nuestros hermanos y hermanas difuntos sean acogidos en la luz eterna del Reino de Dios, junto con María y todos los santos. Roguemos al Señor.

Padre celestial, preparaste por tu gracia a la Santísima Virgen María para que fuera la Madre de tu Hijo. Escucha nuestras oraciones, renueva nuestro corazón con tu misericordia y ayúdanos a seguir su ejemplo de fe, humildad y obediencia. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Hermanos y hermanas, María ofreció toda su vida a Dios con estas palabras: «Hágase en mí según tu palabra». Pongamos nuestros dones, nuestras esperanzas y nuestra vida sobre el altar, y pidamos la gracia de entregarnos más plenamente a la voluntad de Dios. Oremos, hermanos, para que este sacrificio, mío y de ustedes, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta bondadosamente los dones que te presentamos en esta solemnidad. Así como preparaste a la Santísima Virgen María para que fuera la morada de tu Hijo, purifica nuestro corazón con tu gracia y haznos dispuestos a acoger a Cristo en nuestra vida. Que esta

ofrenda fortalezca nuestra fe y nos ayude a ser instrumentos de tu amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque elegiste a la Santísima Virgen María, preservada del pecado original por una gracia singular tuya, para que fuera la digna Madre de tu Hijo. En ella nos revelaste la belleza de un corazón completamente abierto a tu voluntad y lleno de tu gracia.

Por su humilde obediencia, el Salvador entró en nuestro mundo, trayendo luz a quienes viven en las tinieblas, perdón a los pecadores y esperanza a todos los que te buscan. En María has dado a tu Iglesia un modelo de fe, pureza y servicio lleno de amor.

Al celebrar su Inmaculada Concepción, concédenos seguir su ejemplo, acoger tu Palabra con fe y permitir que Cristo tome forma en nosotros.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRENUESTRO

María puso toda su confianza en el Padre celestial y se entregó a su voluntad amorosa. Siguiendo su ejemplo, acerquémonos a Dios con un corazón humilde y confiado, y oremos como el mismo Jesús nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días. Líbranos de las tinieblas del pecado, del orgullo y del miedo; danos un corazón humilde y abierto a tu voluntad, y ayúdanos, como a María, a responder a tu llamada con fe y obediencia. Que tu gracia brille a través de nuestra vida y nos convierta en instrumentos de tu misericordia y de tu amor, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, entraste en nuestro mundo por medio del humilde y fiel «sí» de la Santísima Virgen María. Tú eres la Luz que vence las tinieblas del pecado y trae la reconciliación a la humanidad. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón el orgullo, el resentimiento y el egoísmo, y enséñanos a perdonarnos unos a otros como tú nos has perdonado. Que tu luz brille en nuestras familias y comunidades, sane las divisiones y lleve esperanza a quienes viven en las tinieblas. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesucristo, el Hijo de Dios, a quien la Santísima Virgen María acogió en el mundo con su humilde «sí». Él es la Luz que viene a habitar en nosotros y a transformar nuestra vida con su gracia. Recibámoslo con la fe, la humildad y la apertura de María.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has venido a habitar en mí.
Como María, enséñame a acoger tu Palabra con un corazón abierto. Cuando tenga miedo, dame confianza.
Cuando no comprenda, dame fe.
Cuando caiga, sácame de mi escondite y llévame a la luz de tu misericordia.
Quita todo lo que impide que tu gracia actúe en mí.
Que mis palabras transmitan bondad, mis acciones lleven esperanza y mi vida revele tu amor.
Señor, deja que tu luz brille a través de mí.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, que el sacramento que hemos recibido fortalezca nuestra fe y renueve nuestro corazón por tu gracia. Al celebrar la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, concédenos que, siguiendo su ejemplo de humildad y obediencia, acojamos tu voluntad, reflejemos la luz de Cristo y nos convirtamos en una bendición para todas las personas que encontremos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que preparó por su gracia a la Santísima Virgen María para que fuera la Madre de su Hijo, llene sus corazones de su amor y los fortalezca en la fe.

Que los saque de las tinieblas del pecado y del miedo, les conceda la gracia de confiar en su voluntad y los ayude a comenzar de nuevo por medio de su misericordia.

Que haga de sus vidas ventanas a través de las cuales la luz de Cristo brille sobre el mundo.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, como María: digan sí a Dios y dejen que la luz de Cristo brille a través de ustedes.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Un corazón lleno de la gracia de Dios se convierte en una ventana por la que brilla la luz de Cristo».

MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO – 9 DE DICIEMBRE

Isaías 40, 25-31; Mateo 11, 28-30

«VENGAN A JESÚS: ENCUENTREN DESCANSO EN SU AMOR, FORTALEZA EN SU PRESENCIA Y ESPERANZA PARA SU CAMINO»

INTRODUCCIÓN

Una niña vio un día a su madre que llevaba varias bolsas de compras muy pesadas. Al verla esforzarse, le preguntó: «Mamá, ¿por qué no dejas todo en el suelo?». Su madre sonrió y respondió: «Ahora mismo no puedo dejarlo todo, pero puedo pedirle a alguien que me ayude a llevarlo». La niña tomó inmediatamente una bolsa y dijo: «¡Entonces, déjame llevar algo por ti!». A veces, una carga se hace más ligera cuando sabemos que no tenemos que llevarla solos.

Queridos hermanos y hermanas, todos llevamos cargas que los demás no pueden ver: preocupaciones, decepciones, problemas familiares, enfermedades, soledad y oraciones que todavía no han recibido respuesta. El Adviento nos invita a llevar estas cargas al Señor, que nunca se cansa de amarnos.

En la primera lectura, Isaías nos asegura que Dios nunca se cansa ni se fatiga; él da fuerza al que está sin fuerzas y renueva a quienes esperan en él.

En el Evangelio, Jesús invita amorosamente a todos los que están cansados y agobiados a acudir a él, y les promete descanso para sus almas.

La liturgia de hoy nos recuerda que nuestra fuerza no procede únicamente de nuestras propias capacidades, sino de nuestra relación con Dios. Jesús no promete quitar todas las dificultades, pero sí promete caminar con nosotros y sostenernos en cada prueba. Su presencia transforma nuestro cansancio en nuevas fuerzas y nuestra angustia en esperanza.

Al comenzar esta Eucaristía, reconozcamos sinceramente las cargas que llevamos, las veces que hemos confiado solamente en nuestras propias fuerzas y los momentos en

que no hemos sabido confiar en el amor de Dios que nos sostiene. Con un corazón humilde y arrepentido, pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Jesús invita a todos los que están cansados y agobiados a acudir a él y encontrar descanso. Reconozcamos nuestros pecados y pidamos su misericordia sanadora.

• Señor Jesús, tú eres nuestra fuerza cuando somos débiles y nuestra esperanza cuando estamos desanimados. Señor, ten piedad.

• Cristo Jesús, nos invitas a dejar nuestras cargas en tus manos y a aprender de tu corazón manso y humilde. Cristo, ten piedad.

• Señor Jesús, nos llamas a confiar en tu presencia amorosa y no depender únicamente de nuestras propias fuerzas. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados, renueve nuestros corazones cansados, fortalezca nuestra fe y nos enseñe a poner todas nuestras cargas en las manos amorosas de Cristo, para que, sostenidos por su gracia, caminemos fielmente hacia su Reino, y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, tú nunca te cansas y tu sabiduría no tiene límites. Das fuerza a los débiles y esperanza a los desanimados. Concédenos responder de todo corazón a la invitación de tu Hijo Jesucristo, poner nuestras cargas a sus pies y encontrar descanso en su presencia amorosa. Renueva nuestras fuerzas con tu gracia, para que recorramos el camino de la vida con una fe firme y una esperanza gozosa.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un hombre de negocios se quejó un día a un amigo: «Lo tengo todo, pero no tengo paz». Su amigo le respondió: «Quizá has llenado tu vida de todo, excepto de Dios».

Vivimos en un mundo en el que todos parecen estar ocupados, pero muchos corazones están agotados. Llevamos responsabilidades familiares, preocupaciones económicas, enfermedades, decepciones y angustias. A veces, el cansancio más grande no es físico, sino espiritual.

Isaías nos ofrece una maravillosa seguridad: Dios nunca se cansa ni se fatiga. Él fortalece al que está sin fuerzas, y quienes esperan en él renuevan sus fuerzas y levantan el vuelo como las águilas.

Jesús hace que esta promesa sea personal: «Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré». Fijémonos en que Jesús no dice: «Vengan a mí cuando todo esté resuelto». Dice: «Vengan a mí» precisamente cuando están cansados, preocupados y agobiados.

Un niño pequeño le dijo una vez a su padre: «No puedo dormir porque estoy preocupado por el día de mañana». Su padre le respondió: «El mañana pertenece a Dios; esta noche te pertenece a ti. Duerme en sus manos».

Esa es la confianza que Jesús nos invita a descubrir. Su descanso no significa necesariamente que desaparezcan los problemas; significa que tenemos a alguien que camina con nosotros en medio de ellos.

Una mujer anciana dijo una vez: «Mis oraciones no han eliminado todas mis dificultades, pero me han enseñado a no afrontarlas sola».

Queridos amigos, el Adviento nos hace dos invitaciones: nosotros rezamos: «Ven, Señor Jesús», y Jesús nos responde: «¡Vengan a mí!». Dediquemos tiempo a estar con él en la oración, el silencio y la Eucaristía. Dejemos de intentar llevarlo todo nosotros solos.

Un viajero preguntó una vez a un pastor cómo conseguía guiar a su rebaño por senderos difíciles de montaña. El pastor respondió: «Conozco el camino porque lo recorro con ellos».

Jesús es ese Pastor. Conoce nuestro camino, comprende nuestras luchas y camina a nuestro lado.

¡Puede que estés cansado de llevar tus cargas, pero Jesús nunca se cansa de llevarte a ti!

ORACIÓN DE LOS FIELES

Queridos hermanos y hermanas, nuestro Dios nunca se cansa, y su Hijo invita a todos los agobiados a encontrar descanso en él. Confiando en su amor que nunca falla, presentemos nuestras oraciones y las necesidades del mundo.

1. Por la Iglesia: para que sea siempre un refugio acogedor para los cansados, los que sufren y los desanimados, y les ofrezca la fuerza, el consuelo y la esperanza de Cristo. Roguemos al Señor.

Todos: Señor, escucha nuestra oración.

2. Por los gobernantes del mundo y quienes ejercen la autoridad: para que reconozcan las cargas de los pobres, los oprimidos y los más vulnerables, y trabajen incansablemente por establecer la justicia, la paz y unas condiciones que promuevan la dignidad humana. Roguemos al Señor.

3. Por quienes llevan cargas muy pesadas: para que quienes luchan con problemas familiares, dificultades económicas, soledad, ansiedad y decepciones escuchen la invitación de Jesús, encuentren descanso en su presencia y reciban nuevas fuerzas para afrontar sus dificultades. Roguemos al Señor.

4. Por las familias y nuestras comunidades cristianas: para que aprendamos del corazón manso y humilde de Jesús, nos apoyemos unos a otros en los momentos difíciles y seamos fuente de ánimo, consuelo y fortaleza para quienes nos rodean. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los fieles difuntos: para que los enfermos, especialmente quienes padecen enfermedades prolongadas, agotamiento físico y sufrimiento emocional, experimenten la presencia sanadora y consoladora de Cristo; y para que nuestros hermanos y hermanas difuntos encuentren el descanso eterno en el Reino celestial de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, tú eres la fuente de nuestra fortaleza y el refugio de todos los que están cansados. Escucha estas oraciones, renueva nuestro corazón y enséñanos a confiar en tu presencia amorosa. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Sacerdote: Queridos hermanos y hermanas, pongamos ante el Señor no solamente el pan y el vino, sino también nuestras luchas, preocupaciones y cargas. Que nuestra humilde ofrenda, unida al sacrificio de Cristo, sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, recibe los dones que traemos a tu altar. Al ofrecer este pan y este vino, ponemos en tus manos amorosas nuestro cansancio, nuestras luchas y nuestras esperanzas. Que esta sagrada ofrenda nos una más estrechamente a Cristo, que da descanso a nuestras almas y fuerza para nuestro camino. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, nuestro Señor.

Porque tú nunca te cansas y tu fuerza jamás desfallece. Tú eres el refugio de los cansados, la fuerza de los débiles y la esperanza de todos los que confían en ti.

En tu Hijo Jesucristo nos has revelado la ternura de tu corazón. Él invita a los agobiados a acudir a él, promete

descanso a los cansados y nos enseña el camino de la mansedumbre y la humildad.

Por medio de él, nuestras cargas se hacen más ligeras, nuestros corazones se renuevan y nuestro camino se llena de esperanza.

Por eso, con los ángeles y los arcángeles, con los tronos y las dominaciones, y con todos los coros y potestades del cielo, cantamos sin cesar el himno de tu gloria:

INVITACIÓN AL PADRENUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos invita a confiar en el Padre, que conoce nuestras necesidades y nos sostiene en cada dificultad. Con confianza y sencillez de hijos, oremos como él nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos la paz en nuestros días, para que, ayudados por tu misericordia, seamos libres del pecado, fortalecidos en los momentos de debilidad y aliviados de las cargas que pesan sobre nuestro corazón. Mantennos firmes en la esperanza mientras aguardamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, prometiste descanso a todos los que están cansados y agobiados. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Calma nuestros corazones inquietos, quita las angustias que nos dividen y enséñanos a ser instrumentos de tu paz y consuelo para quienes sufren. Que tu presencia mansa y amorosa lleve reconciliación a nuestras familias y esperanza a nuestras comunidades. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Este es Jesús, el Pan de Vida, que fortalece a los cansados, consuela a los agobiados y renueva a quienes ponen en él su esperanza. Nos invita a acercarnos a su

mesa y recibir la fuerza que necesitamos para nuestro camino por la vida.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, has entrado en nuestro corazón. Tú conoces las cargas que llevamos, las preocupaciones que ocultamos y el cansancio que no sabemos expresar. Enséñanos a descansar en tu presencia amorosa. Cuando seamos débiles, sé nuestra fuerza; cuando estemos angustiados, sé nuestra paz; cuando nos desanimemos, sé nuestra esperanza. Que tu presencia renueve nuestro espíritu y nos dé valor para continuar nuestro camino con fe y confianza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, nos has alimentado con el Pan de Vida. Que esta santa Comunión renueve nuestras fuerzas, tranquilice nuestros corazones inquietos y haga más profunda nuestra confianza en tu amor que nunca falla. Ayúdanos a llevar nuestras responsabilidades diarias con paciencia, a afrontar nuestras dificultades con valentía y a convertirnos en fuente de consuelo y ánimo para quienes están cansados. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que Dios, que nunca se cansa, los fortalezca cuando se sientan débiles y renueve su esperanza cuando estén desanimados. Amén.

Que Cristo, que invita a los agobiados a encontrar descanso en él, alivie sus cargas y llene sus corazones de su paz. Amén.

Que el Espíritu Santo los acompañe durante todo el camino de la vida y los convierta en instrumentos de consuelo, fortaleza y esperanza para los demás. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan en paz, fortalecidos por Cristo; lleven sus cargas con fe y sean portadores de esperanza para quienes están cansados.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Puede que estés cansado de llevar tus cargas, ¡pero Jesús nunca se cansa de llevarte a ti!»

JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO – 10 DE DICIEMBRE DE 2026

Isaías 41, 13-20; Mateo 11, 11-15

«BENDICIÓN DE DIOS, LLAMADOS A BENDECIR A LOS DEMÁS»

INTRODUCCIÓN

Un niño pequeño observaba una vez a un jardinero que plantaba pequeñas semillas en un terreno seco y estéril. Le preguntó: «¿Por qué plantas aquí? ¡En esta tierra nunca crecerá nada!». El jardinero sonrió y respondió: «No planto porque la tierra ya sea fértil; planto porque creo que puede llegar a serlo». ¡Qué hermoso recordatorio de que Dios nunca se da por vencido con nosotros, incluso cuando nuestra vida parece estéril!

En la primera lectura, el profeta Isaías asegura al pueblo de Dios que el Señor lo toma de la mano, fortalece su debilidad y transforma su esterilidad en abundancia.

En el Evangelio, Jesús alaba a Juan el Bautista como el más grande entre los nacidos de mujer; sin embargo,

declara que el más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él. Esto nos recuerda la gracia extraordinaria y los privilegios que hemos recibido por medio de Cristo.

El mensaje central de la liturgia de hoy es que somos bendecidos no porque merezcamos la bondad de Dios, sino porque Él nos ama incondicionalmente. Por eso, nuestra respuesta debe ser la gratitud, la generosidad y la disposición a convertirnos en bendición para los demás. Al celebrar estos misterios, reconozcamos aquellos momentos en que hemos dado por sentados los dones de Dios, no hemos valorado su gracia o hemos descuidado compartir sus bendiciones con los demás.

Acerquémonos ahora al Señor con un corazón humilde y arrepentido, y pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Dios nos toma de la mano, fortalece nuestra debilidad y llena nuestra vida con su abundante gracia. Sin embargo, muchas veces no reconocemos sus bendiciones ni las compartimos generosamente. Reconozcamos nuestros fallos y pidamos su misericordia.

• Señor Jesús, nos tomas de la mano cuando somos débiles y tenemos miedo. Señor, ten piedad.

• Cristo Jesús, nos has bendecido abundantemente por medio de tu muerte y resurrección, pero muchas veces damos por sentados tus dones. Cristo, ten piedad.

• Señor Jesús, nos llamas a convertirnos en bendición para los demás, pero muchas veces no compartimos tu amor y tu generosidad. Señor, ten piedad.

Que Dios todopoderoso, que nos toma de la mano, fortalece nuestra debilidad y enriquece nuestra vida con su gracia, perdone nuestros pecados, despierte en nosotros corazones agradecidos y nos convierta en instrumentos generosos de sus bendiciones para los demás; y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Padre celestial, fuente de toda bendición, tú nunca abandonas a tus hijos, sino que fortaleces a los débiles y haces fecunda la tierra estéril con tu poder amoroso. Por medio de tu Hijo Jesucristo nos has concedido la plenitud de la gracia y nos has llamado a compartirla generosamente con los demás. Concédenos que, siguiendo el ejemplo de Juan el Bautista, demos fiel testimonio de Cristo y seamos instrumentos de tu bondad para todas las personas con quienes nos encontremos. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven artista pintó una vez un hermoso cuadro de una vela que brillaba en una habitación oscura. Alguien le preguntó: «¿Por qué has pintado una llamita tan pequeña en medio de una oscuridad tan inmensa?». Él respondió: «Porque incluso una pequeña luz puede marcar una gran diferencia».

Las lecturas de hoy nos recuerdan que la grandeza de Dios se manifiesta precisamente en su capacidad de transformar nuestra debilidad en fortaleza y nuestra vida en bendición para los demás.

En la primera lectura, Isaías asegura al pueblo que Dios lo tomará de la mano, lo fortalecerá y transformará su tierra estéril en un jardín fértil. ¡Qué promesa tan consoladora! Dios no nos abandona cuando somos débiles; al contrario, nos sostiene más cerca de sí.

En el Evangelio, Jesús rinde el mayor homenaje a Juan el Bautista: «Entre los nacidos de mujer no ha aparecido uno mayor que Juan el Bautista». Juan fue el gran profeta que preparó el camino al Mesías. Sin embargo, Jesús añade algo asombroso: «El más pequeño en el Reino de los cielos es mayor que él».

¿Por qué? Juan anunció a Cristo, pero no llegó a vivir para contemplar su muerte y resurrección, la venida del Espíritu

Santo y el nacimiento de la Iglesia. Nosotros hemos recibido todos estos privilegios extraordinarios. Por el Bautismo pertenecemos a Cristo; por la Eucaristía nos encontramos con el Señor resucitado.

Una mujer pobre recibió una vez una pequeña cantidad de dinero de un vecino generoso. En vez de quedárselo todo, compartió una parte con otra familia que tenía aún más necesidad. Cuando le preguntaron por qué lo hacía, respondió: «Sé lo que significa recibir un gesto de bondad; quiero que otra persona también pueda experimentarlo». ¡Ese es el secreto de la vida cristiana! Hemos sido bendecidos no para guardar nuestras bendiciones, sino para compartirlas.

Recordemos que nuestra grandeza no procede de lo que poseemos, sino de la gracia que hemos recibido y del amor que compartimos. Un corazón agradecido debe convertirse en un corazón generoso.

Un árbol viejo no se come sus propios frutos; ofrece sombra y alimento a los demás. Del mismo modo, nuestra fe debe producir frutos de bondad, perdón, compasión y generosidad. Mientras avanzamos por el Adviento, recordemos esto: Dios nos toma de la mano para que nosotros podamos tender la mano a los demás. La mayor prueba de que hemos recibido las bendiciones de Dios es que otros llegan a ser bendecidos por medio de nosotros.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Queridos hermanos y hermanas, nuestro Padre amoroso nos toma de la mano, fortalece nuestra debilidad y enriquece nuestra vida con su gracia. Conscientes de las muchas bendiciones que hemos recibido, presentemos nuestras oraciones ante Él y pidámosle la gracia de convertirnos en bendición para los demás.

Señor, haznos instrumentos de tus bendiciones.

1. Por el Santo Padre, el Papa, los obispos, los sacerdotes y los religiosos: para que, fortalecidos por la gracia de Dios, anuncien fielmente a Cristo y compartan generosamente las bendiciones del Evangelio con todos

aquellos que tienen encomendados a su cuidado. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes del mundo y quienes tienen responsabilidades de autoridad: para que reconozcan sus responsabilidades como dones y utilicen su poder y sus recursos para proteger a los débiles, levantar a los pobres y promover la paz y la justicia. Roguemos al Señor.

3. Por todos los cristianos: para que, conscientes de las bendiciones extraordinarias recibidas por medio del Bautismo, la Eucaristía y el Espíritu Santo, nunca demos por sentada la gracia de Dios, sino que seamos testigos generosos de su amor en nuestra vida diaria. Roguemos al Señor.

4. Por quienes se sienten débiles, desanimados, abandonados o espiritualmente estériles: para que experimenten la mano consoladora de Dios, descubran una nueva esperanza y encuentren fuerzas para comenzar de nuevo. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y quienes sufren, especialmente los que padecen enfermedades graves, y por nuestros queridos difuntos: para que los enfermos experimenten la presencia sanadora y el consuelo de Dios, y nuestros hermanos y hermanas difuntos disfruten de la plenitud de las bendiciones eternas de Dios en el cielo. Roguemos al Señor.

Padre celestial, por medio de tu Hijo nos has bendecido sin medida. Escucha estas oraciones y concédenos corazones agradecidos, espíritus generosos y manos dispuestas, para que compartamos con los demás las bendiciones que hemos recibido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas, Dios ha enriquecido nuestra vida con innumerables bendiciones. Ofrezcámosle ahora el pan y el vino, junto con nuestro corazón agradecido y nuestro compromiso de convertirnos en

bendición para los demás, para que nuestro sacrificio sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta estos dones que te ofrecemos con un corazón agradecido. Así como estas ofrendas se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, que también nuestra vida sea transformada por su gracia, para que compartamos generosamente con los demás las bendiciones que hemos recibido. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque, en tu amor sin límites, nunca abandonas a tus hijos en su debilidad, sino que los tomas de la mano, fortaleces su corazón y haces fecunda su vida con tu gracia.

Por medio de tu amado Hijo Jesucristo nos has concedido la plenitud de la salvación. Por su muerte y resurrección nos has abierto los tesoros de tu Reino y has derramado tu Espíritu Santo en nuestros corazones.

Nos has bendecido sin medida, no por nuestros méritos, sino por tu bondad infinita. Ahora nos llamas a compartir generosamente estas bendiciones, a convertirnos en instrumentos de tu compasión y en testigos de tu amor.

Por eso, con un corazón agradecido, nos unimos a los ángeles y a los santos para proclamar tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRENUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, hemos recibido innumerables bendiciones de nuestro Padre celestial. Con un corazón agradecido y una confianza firme, oremos como el mismo Jesús nos enseñó, pidiendo que venga su Reino y que su amor se comparta por todo el mundo:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos tu paz en nuestros días. Por tu misericordia, líbranos del egoísmo, de la ingratitud y de la indiferencia, y fortalécenos para compartir generosamente las bendiciones que hemos recibido. Mantennos fieles a tu gracia mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú nos tomas de la mano, fortaleces nuestra debilidad y llenas nuestra vida de bendiciones. No tengas en cuenta nuestros fallos, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón toda amargura, egoísmo e indiferencia, y haznos instrumentos de tu paz, compasión y generosidad en un mundo herido. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Queridos hermanos y hermanas, Jesucristo es la mayor bendición que el Padre nos ha concedido. Él viene para fortalecer nuestra debilidad, alimentar nuestra fe y transformarnos en testigos generosos de su amor.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has bendecido con tu misma presencia. Nos has tomado de la mano, has fortalecido nuestra debilidad y nos has alimentado con tu Cuerpo y tu Sangre.

No permitas nunca que demos por sentadas tus bendiciones.

Que el amor que hemos recibido en este altar se convierta en amor compartido con los demás; que tu misericordia se convierta en nuestro perdón, tu compasión en nuestra bondad y tu generosidad en nuestro estilo de vida.

Señor, haz que nuestra vida sea una bendición dondequiera que vayamos. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre celestial, te damos gracias por alimentarnos con el Pan de Vida. Después de recibir las abundantes bendiciones de tu Hijo, concédenos no guardar nunca tus dones para nosotros mismos, sino compartirlos generosamente con quienes necesitan nuestro amor, compasión y ánimo. Que nuestra vida produzca abundantes frutos de gratitud y bondad, y lleve a los demás a experimentar tu amor que nunca falla. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que el Señor, que los toma de la mano y los fortalece en su debilidad, los bendiga y los proteja. Amén.

Que llene sus corazones de gratitud por las bendiciones que han recibido y haga fecunda su vida en el amor y la generosidad. Amén.

Que los convierta en instrumentos de su bondad, llevando esperanza a los desanimados, consuelo a los que sufren y alegría a todas las personas con quienes se encuentren. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, bendecidos por Dios, ¡y conviértanse en una bendición para todas las personas que encuentren!

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Dios nos bendice no solamente para enriquecer nuestra vida, sino para que nuestra vida sea una bendición para los demás».

VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO – 11 DE DICIEMBRE DE 2026

Isaías 48, 17-19; Mateo 11, 16-19

«DIOS NOS HABLA: ¡ABRE TU CORAZÓN Y ESCUCHA!»

INTRODUCCIÓN

Un operador telefónico recibió una vez la queja de un cliente que decía: «Mi teléfono no funciona. ¡Nunca me llama nadie!». Después de revisar la conexión, el técnico descubrió que el teléfono funcionaba perfectamente. El problema era que el cliente había desconectado el auricular.

A veces nos quejamos de que Dios no nos habla, cuando el verdadero problema es que hemos desconectado nuestro corazón de Él.

En la primera lectura, Isaías nos recuerda que Dios nos enseña lo que es bueno y nos guía por el camino correcto. Si tan solo escucháramos sus mandamientos, nuestra paz sería como un río.

En el Evangelio, Jesús compara a sus contemporáneos con unos niños que no quieren responder ni a la música alegre ni a las canciones fúnebres. Rechazaron tanto la llamada de Juan el Bautista a la conversión como el anuncio que Jesús hacía del amor misericordioso de Dios.

La liturgia de hoy nos invita a examinar nuestro corazón. ¿Estamos escuchando verdaderamente a Dios, o nuestros prejuicios, críticas e ideas preconcebidas nos impiden reconocer su voz? Dios habla de distintas maneras, por medio de diferentes personas y circunstancias. Lo importante es que estemos dispuestos a escuchar y responder.

Al comenzar esta celebración eucarística, reconozcamos las ocasiones en que hemos sido sordos a la Palabra de Dios, hemos juzgado a los demás y nos hemos negado a aceptar su orientación. Con un corazón humilde y arrepentido, pidamos su misericordia.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Dios nos habla continuamente y nos guía por el camino de la vida. Sin embargo, muchas veces permitimos que los prejuicios, las críticas y la indiferencia cierren nuestro corazón a su voz. Reconozcamos humildemente nuestros fallos y pidamos su misericordia.

• Señor Jesús, nos hablas por medio de tu Palabra, pero muchas veces no sabemos escucharte. Señor, ten piedad.
• Cristo Jesús, vienes a nosotros por medio de personas y circunstancias inesperadas, pero muchas veces juzgamos en vez de reconocer tu presencia. Cristo, ten piedad.
• Señor Jesús, nos invitas a seguir la música alegre de tu Evangelio, pero muchas veces permanecemos indiferentes a tu llamada. Señor, ten piedad.

Que Dios todopoderoso, que nos enseña lo que es bueno y nos guía por el camino de la vida, perdone nuestra sordera ante su Palabra, quite de nosotros los prejuicios y la indiferencia, abra nuestro corazón a su voz y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Oh Dios, fuente de toda sabiduría y verdad, tú guías continuamente a tus hijos por el camino de la vida y les hablas por medio de tu Palabra y de los acontecimientos de cada día. Quita de nosotros todo prejuicio, orgullo e indiferencia que nos impida reconocer tu presencia. Concédenos un corazón atento para escuchar tu voz, un espíritu dispuesto a seguir tu guía y una vida gozosa que dé testimonio de tu amor misericordioso. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Una profesora de música observó una vez que uno de sus alumnos nunca participaba en la orquesta de la escuela. Tanto si la música era alegre como si era triste, él permanecía sentado e inmóvil. Un día, ella le preguntó: «¿No te gusta la música?». Él respondió: «Sí, me gusta, ¡pero no quiero escucharla!». La profesora sonrió con

tristeza y le dijo: «Entonces te perderás la belleza de todas las canciones».

En el Evangelio de hoy, Jesús encuentra precisamente esta actitud entre sus contemporáneos. Los compara con unos niños sentados en la plaza que se niegan a responder tanto a la música alegre como a las canciones fúnebres. Cuando llegó Juan el Bautista con su estilo de vida austero y su llamada a la conversión, lo rechazaron diciendo que estaba poseído por un demonio. Cuando llegó Jesús anunciando el amor misericordioso de Dios, comiendo y bebiendo con los pecadores, lo llamaron comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores. ¡No había manera de agradarles!

¿Con qué frecuencia nos comportamos nosotros de la misma manera? Encontramos defectos en todos, criticamos a quienes nos cuestionan y rechazamos todo lo que no coincide con nuestras expectativas. Al hacerlo, podemos dejar de reconocer la voz de Dios que nos habla por medio de personas y circunstancias inesperadas.

La primera lectura nos ofrece un hermoso contraste. Por medio de Isaías, Dios asegura a su pueblo: «Yo, el Señor, tu Dios, te enseño lo que es para tu bien y te guío por el camino que debes seguir». La guía de Dios siempre busca nuestro bien, nuestra paz y nuestra fecundidad. Solo necesitamos escuchar y seguirlo.

Un agricultor se quejaba una vez de que la lluvia llegaba cuando él quería sol, y el sol aparecía cuando él quería lluvia. Su vecino le comentó: «Quizá el problema no sea el tiempo, sino que no estás dispuesto a aceptar lo que trae cada estación».

El Adviento nos invita a convertirnos en personas que escuchan con atención. Dios puede hablarnos por medio de la alegría o del sufrimiento, del ánimo o de la corrección, de voces conocidas o de encuentros inesperados. Lo importante es mantener abierto el corazón.

Una niña preguntó una vez a su madre por qué podía oír cantar a los pájaros solamente cuando apagaba el

televisor. Su madre respondió: «Porque el silencio te permite escuchar lo que siempre ha estado ahí».

Hagamos silencio en nuestro interior, dejemos a un lado nuestros prejuicios, abramos el corazón y aprendamos a reconocer la voz de Dios. El Señor está hablando; ¿estamos escuchando?

ORACIÓN DE LOS FIELES

Queridos hermanos y hermanas, Dios nos habla continuamente, nos enseña lo que es bueno y nos guía por el camino de la vida. Acerquémonos a Él con un corazón atento y presentemos nuestras oraciones, pidiendo la gracia de reconocer su voz y responder con generosidad.

Respuesta: Señor, enséñanos a escuchar tu voz.

1. Por la Iglesia: para que el Santo Padre, los obispos, los sacerdotes y los religiosos anuncien la Palabra de Dios con sabiduría y valentía, ayudando a todos a reconocer su voz en medio de la confusión del mundo. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes del mundo y quienes ejercen la autoridad: para que escuchen los clamores de los pobres, de quienes sufren y de los marginados, y se dejen guiar por la sabiduría, la justicia y la compasión en sus decisiones. Roguemos al Señor.

3. Por todos los cristianos: para que superemos los prejuicios, las críticas y la indiferencia, permanezcamos abiertos a la guía de Dios y reconozcamos su presencia en las personas y circunstancias que encontramos cada día. Roguemos al Señor.

4. Por quienes se han vuelto espiritualmente indiferentes: para que quienes han dejado de escuchar la Palabra de Dios redescubran la alegría del Evangelio, vuelvan a la oración y experimenten el poder transformador de su amor misericordioso. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos y quienes sufren escuchen la voz consoladora de Dios y experimenten su presencia sanadora, y para que nuestros

seres queridos difuntos sean acogidos en la paz eterna de su Reino. Roguemos al Señor.

Sacerdote: Padre celestial, tú hablas continuamente a tus hijos y los guías hacia la plenitud de la vida. Escucha nuestras oraciones, quita los obstáculos que cierran nuestro corazón a ti y concédenos la sabiduría para escuchar y seguirte. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas, Dios nos habla por medio de su Palabra y nos invita a responder con un corazón abierto y dispuesto. Presentemos ahora estos dones de pan y vino, junto con nuestro compromiso de escuchar su voz y seguir sus caminos, para que sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que ofrecemos en tu altar. Mientras nos preparamos para celebrar el sacrificio de tu Hijo, abre nuestro corazón a su Palabra viva, quita nuestros prejuicios y haznos atentos a tu guía, para que nuestra vida se convierta en una respuesta gozosa a tu amor misericordioso. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque nunca dejas de hablar a tu pueblo y de guiarlo por los caminos de la verdad y de la vida. Por medio de los profetas lo llamaste a la conversión; por medio de Juan el Bautista preparaste su corazón para la venida de tu Hijo.

En Jesucristo has pronunciado tu Palabra definitiva de amor, llevando alegría a los tristes, esperanza a los desanimados y misericordia a los pecadores.

Sin embargo, muchas veces no reconocemos tu voz a causa de nuestros prejuicios y de nuestra indiferencia. Por eso, en tu bondad, nos invitas continuamente a escuchar de nuevo y a descubrir tu presencia en los acontecimientos y en las personas de nuestra vida diaria.

Que tu Espíritu Santo afine nuestro corazón para escuchar la música gozosa de tu Evangelio, de modo que nuestra vida se convierta en un canto de gratitud y alabanza.

Por eso, con todos los ángeles y los santos, proclamamos tu gloria, diciendo a una sola voz:

INVITACIÓN AL PADRENUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, Jesús nos enseña a escuchar la voz del Padre y a confiar en su guía amorosa. Con el corazón abierto a su voluntad, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días. Líbranos de los prejuicios, del orgullo y de la indiferencia, y abre nuestro corazón para que reconozcamos tu voz en todas las circunstancias de la vida. Mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, tú eres la voz del Padre y la fuente de nuestra paz. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón todo prejuicio, resentimiento y juicio que nos divida, y enséñanos a escucharnos unos a otros con paciencia, comprensión y amor. Haznos instrumentos de reconciliación y armonía allí donde vivimos y trabajamos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Queridos hermanos y hermanas, Jesús es la Palabra viva del Padre, que habla a nuestro corazón y nos invita a participar de su vida divina. Recibámoslo con el corazón abierto, dispuestos a escuchar su voz y seguir sus caminos.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, nos has hablado por medio de tu Palabra y ahora nos alimentas con tu Cuerpo y tu Sangre.

Perdónanos por las veces en que hemos sido sordos a tu voz, hemos estado cegados por los prejuicios y hemos juzgado a los demás con demasiada rapidez.

Enséñanos a reconocer tu presencia en los momentos inesperados de la vida.

Que nuestro corazón llegue a estar lo bastante silencioso para escucharte, lo bastante humilde para aceptar tu guía y lo bastante generoso para responder a tu llamada.

Señor, haz que nuestra vida se convierta en una melodía gozosa de tu amor. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, Dios nuestro, nos has alimentado con el Pan de Vida y nos has fortalecido por medio de esta santa Comunión. Que la gracia que hemos recibido nos haga atentos a tu voz, nos libre de todo prejuicio y guíe nuestros pasos por el camino de la verdad. Que llevemos al mundo la alegría de tu Evangelio y reconozcamos tu presencia en todas las personas que encontremos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que Dios todopoderoso los bendiga con la sabiduría para reconocer su voz y con la gracia para seguir su guía. Amén.

Que quite de sus corazones todo prejuicio y los haga atentos a su presencia en las personas y circunstancias de su vida diaria. Amén.

Que llene su vida con la alegría del Evangelio y los convierta en instrumentos de su paz y de su amor. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, escuchen la voz de Dios y hagan que su vida cante la música gozosa de su amor.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Dios siempre nos está hablando; el verdadero desafío consiste en mantener abierto el corazón y atentos nuestros oídos».

SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO – 12 DE DICIEMBRE DE 2026

Eclesiástico 48, 1-4.9-11; Mateo 17, 10-13

«RECONOZCAMOS A LOS MENSAJEROS DE DIOS: ¡PREPAREMOS EL CAMINO DEL SEÑOR!»

INTRODUCCIÓN

Un rey envió una vez a un mensajero por delante para que preparara su palacio y anunciara su llegada. Por desgracia, la gente estaba tan ocupada con sus actividades diarias que no prestó atención al mensajero. Cuando finalmente llegó el rey, todos estaban completamente desprevenidos. El mensajero había llegado, el anuncio se había hecho, ¡pero nadie le había prestado atención!

El mayor peligro no es que Dios no venga, sino que nosotros no sepamos reconocerlo cuando viene.

En la primera lectura, el libro del Eclesiástico recuerda la extraordinaria misión profética de Elías, cuyas palabras poderosas ardían como un fuego resplandeciente y cuya vida preparó al pueblo de Dios para su intervención

salvadora.

En el Evangelio, Jesús identifica a Juan el Bautista con el Elías que debía venir para preparar el camino al Mesías. Lamentablemente, la gente no supo reconocerlo y lo trató con desprecio. Jesús también anuncia que Él mismo sufrirá a manos de ellos.

La liturgia de hoy nos recuerda que reconocer a los mensajeros de Dios exige un corazón abierto, valentía y disposición para aceptar la verdad, incluso cuando cuestiona nuestra comodidad. El Niño de Belén viene como el mayor don de Dios, pero su misión lo conduce a la Cruz. Mientras nos preparamos para la Navidad, estamos invitados no solamente a recibir al Niño en el pesebre, sino también a abrazar el amor entregado del Salvador, que dio su vida por nosotros.

Examinemos ahora nuestro corazón. ¿Hemos ignorado a los mensajeros de Dios, rechazado la verdad porque nos incomodaba o dejado de responder a su amor con generosidad y sacrificio? Con un corazón humilde y arrepentido, pidamos la misericordia del Señor.

ACTO PENITENCIAL CON INVOCACIONES DEL KYRIE

Hermanos y hermanas, Dios envía continuamente a sus mensajeros para despertar nuestro corazón y prepararnos para su venida. Sin embargo, muchas veces no sabemos reconocerlos, rechazamos su mensaje y nos resistimos a los sacrificios que exige un auténtico seguimiento de Cristo. Reconozcamos nuestros fallos y pidamos la misericordia de Dios.

• Señor Jesús, envías a tus mensajeros para preparar nuestro corazón, pero muchas veces no sabemos reconocer tu presencia. Señor, ten piedad.

• Cristo Jesús, abrazaste la Cruz por amor a nosotros, pero muchas veces nos resistimos a los sacrificios que exige el discipulado cristiano. Cristo, ten piedad.

• Señor Jesús, te entregaste por completo para nuestra salvación, pero muchas veces no compartimos con los demás tu amor de entrega. Señor, ten piedad.

Que Dios todopoderoso, que envía a sus mensajeros para despertar nuestro corazón y nos prepara para acoger a su

Hijo, perdone nuestros fallos al no reconocer su presencia, nos fortalezca para aceptar su verdad y nos inspire a vivir en un amor que se entrega; y nos lleve a la vida eterna. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y misericordioso, enviaste a los profetas para preparar a tu pueblo para la venida de tu Hijo y suscitaste a Juan el Bautista para anunciar su llegada. Abre nuestro corazón para reconocer a tus mensajeros, danos valentía para abrazar tu verdad y enséñanos a acoger a Cristo no solamente en el pesebre, sino también en el misterio de su Cruz. Que recibamos tu amor con gratitud y lo compartamos generosamente mediante una vida de servicio y sacrificio. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA

Un joven recibió una vez un regalo muy valioso de su padre, pero, pensando que no tenía ningún valor, lo dejó sin abrir en un armario. Muchos años después descubrió que era algo que su padre había apreciado durante toda su vida. Se arrepintió de no haber reconocido antes su valor. A veces, la mayor tragedia no es perder un regalo, ¡sino no reconocerlo!

En el Evangelio de hoy, los discípulos preguntan a Jesús por qué dicen los escribas que Elías debe venir antes que el Mesías. Jesús les explica que Elías ya ha venido en la persona de Juan el Bautista, pero la gente no supo reconocerlo y lo trató con desprecio. Juan preparó el camino para Cristo, pero su misión le costó la vida. Jesús también anuncia que Él mismo sufrirá a manos de ellos.

La primera lectura, tomada del libro del Eclesiástico, recuerda la grandeza de Elías, cuyo ministerio profético ardía como un fuego resplandeciente. Fue un poderoso

mensajero de Dios que preparó al pueblo para la venida del Señor.

¡Cuántas veces Dios nos envía personas que nos cuestionan, nos orientan y nos despiertan, pero, en vez de reconocerlas como mensajeros suyos, las rechazamos o criticamos! A veces, precisamente las personas que perturban nuestra comodidad son aquellas por medio de las cuales Dios quiere transformarnos.

Una pintura de la Natividad del artista Sieger Köder representa la sombra de la Cruz que cae sobre el Niño Jesús. ¡Qué recordatorio tan profundo! La madera del pesebre señala hacia la madera del Calvario. La Navidad no puede separarse del Viernes Santo. El Niño nacido en Belén vino para entregar su vida por amor a la humanidad.

Una madre le dijo una vez a su hijo: «Cada vez que recibas amor, recuerda que alguien ha pagado un precio para ofrecértelo». En verdad, el amor de Dios por nosotros tuvo un precio muy alto: nos entregó a su Hijo único.

Al acercarnos a la Navidad, reconozcamos a los mensajeros de Dios, acojamos sus dones y preparemos nuestro corazón para recibir a Cristo. Recordemos también que el auténtico seguimiento cristiano exige valentía, sacrificio y un amor que se entrega.

La mejor manera de acoger al Niño Jesús es practicar el amor entregado de Cristo crucificado.

ORACIÓN DE LOS FIELES

Queridos hermanos y hermanas, Dios envió a Elías y a Juan el Bautista para preparar a su pueblo para la venida del Mesías. Mientras nos preparamos para acoger a Cristo, pidamos la gracia de reconocer a los mensajeros de Dios, aceptar su verdad y vivir con valentía y un amor que se entrega.

Respuesta: Señor, prepara nuestro corazón para acogerte.

1. Por la Iglesia: para que el Santo Padre, los obispos, los sacerdotes y los religiosos anuncien la verdad de Dios con la valentía de Elías y de Juan el Bautista, y preparen el

corazón de las personas para acoger a Cristo. Roguemos al Señor.

2. Por los gobernantes del mundo y quienes ejercen la autoridad: para que reconozcan su responsabilidad de defender la verdad, la justicia y la dignidad humana, y tengan el valor de oponerse a la opresión y a la explotación, incluso cuando esto exija sacrificios personales. Roguemos al Señor.

3. Por todos los cristianos: para que reconozcamos a los mensajeros de Dios en nuestra vida diaria, permanezcamos abiertos a las verdades que nos cuestionan y sigamos fielmente a Cristo, incluso cuando el discipulado exija sacrificio y valentía. Roguemos al Señor.

4. Por quienes sufren persecución y rechazo: para que quienes defienden valientemente la verdad, la justicia y la dignidad de la vida humana reciban, por la gracia de Dios, fortaleza, protección y perseverancia. Roguemos al Señor.

5. Por los enfermos y los difuntos: para que los enfermos y quienes sufren experimenten el amor sanador de Cristo por medio del cuidado de los demás, y nuestros seres queridos difuntos sean acogidos en la alegría eterna del Reino de Dios. Roguemos al Señor.

Padre celestial, enviaste a tu Hijo para revelar la profundidad de tu amor mediante su entrega y sacrificio. Escucha nuestras oraciones, prepara nuestro corazón para acogerlo y haznos testigos valientes de su amor. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

INVITACIÓN A LA ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Queridos hermanos y hermanas, Cristo se entregó por completo para nuestra salvación. Presentemos ahora estos dones de pan y vino, junto con nuestra disposición a ofrecernos a nosotros mismos por amor y al servicio de los demás, para que sean agradables a Dios, Padre todopoderoso.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor, acepta los dones que ponemos sobre tu altar. Así como estas ofrendas se convertirán en el sacramento del

amor entregado de tu Hijo, enséñanos también a ofrecer generosamente nuestra vida al servicio de los demás y a seguirlo fielmente por el camino de la Cruz. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

PREFACIO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Porque a lo largo de los siglos preparaste a tu pueblo para la venida de tu Hijo. Enviaste a Elías y a los profetas para proclamar tu verdad, y suscitaste a Juan el Bautista para preparar el camino al Mesías.

Llegada la plenitud de los tiempos, enviaste a tu Hijo amado, que vino a nosotros con humildad y nos trajo la salvación por medio de su amor entregado. Aunque fue rechazado y crucificado, abrazó la Cruz para redimir al mundo.

Mientras esperamos su venida, nos invitas a reconocer tu presencia en nuestros hermanos y hermanas y a imitar el amor generoso que nos reveló por medio de su sacrificio.

Por eso, con un corazón agradecido, nos unimos a los ángeles y a los santos para proclamar tu gloria, diciendo:

INVITACIÓN AL PADRENUESTRO

Queridos hermanos y hermanas, por medio de Jesús, el Hijo amado de Dios, hemos recibido el don del amor divino. Con el corazón preparado para acogerlo y con confianza en nuestro Padre celestial, oremos con las palabras que nuestro Salvador nos enseñó:

EMBOLISMO

Líbranos, Señor, de todos los males y concédenos bondadosamente la paz en nuestros días. Por tu misericordia, líbranos de la indiferencia, del miedo y del egoísmo, y danos valentía para reconocer tu presencia, aceptar tu verdad e imitar el amor entregado de tu Hijo, mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo.

ORACIÓN POR LA PAZ

Señor Jesucristo, abrazaste la Cruz para reconciliar a la humanidad con el Padre y traer la paz al mundo. No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia, y concédele la paz y la unidad conforme a tu voluntad. Quita de nuestro corazón todo odio, prejuicio e indiferencia, y enséñanos a reconocer tu presencia unos en otros. Danos valentía para superar las divisiones, perdonar generosamente y convertirnos en instrumentos de reconciliación dondequiera que vayamos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

INVITACIÓN A LA COMUNIÓN

Queridos hermanos y hermanas, este es Jesucristo, el Hijo amado de Dios, que se entregó por completo para nuestra salvación. Él es el mayor regalo de la Navidad y la fuente de nuestra vida eterna. Recibámoslo con un corazón agradecido y aprendamos a amar como Él nos ha amado.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

BREVE MEDITACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor Jesús, viniste a nuestro mundo como un Niño humilde y entregaste tu vida por nosotros en la Cruz.

Abre nuestros ojos para reconocer tu presencia en quienes necesitan nuestro amor.

Danos la valentía de Elías, la fidelidad de Juan el Bautista y el amor entregado de tu propio corazón.

Que nunca celebremos tu nacimiento sin imitar tu amor.

Haz de nuestra vida un don vivo para los demás. Amén.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Padre todopoderoso, hemos recibido el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo, el mayor don de tu amor. Que este alimento sagrado nos fortalezca para reconocer tu presencia en los demás, proclamar tu verdad con valentía e imitar el amor entregado de Cristo. Mientras nos preparamos para celebrar su nacimiento, que nuestra vida se convierta en una ofrenda generosa de amor y servicio a todos. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

BENDICIÓN FINAL

Que Dios todopoderoso, que envió a sus profetas para preparar el camino a su Hijo, despierte sus corazones para reconocer su presencia y los bendiga con su sabiduría. Amén.

Que les conceda la valentía de Elías y de Juan el Bautista para defender la verdad y permanecer fieles a Cristo incluso en los momentos difíciles. Amén.

Que llene sus corazones del amor entregado de Jesús, para que puedan reconocerlo en los demás y servirlo generosamente. Amén.

Y que la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo ✠ y Espíritu Santo, descienda sobre ustedes y permanezca para siempre. Amén.

DESPEDIDA

Vayan, reconozcan a Cristo en los demás y ámenlos como Él los ha amado.

PENSAMIENTO PARA LLEVAR A CASA

«Acojamos al Niño de Belén viviendo el amor entregado de Cristo, el Señor del Calvario».